



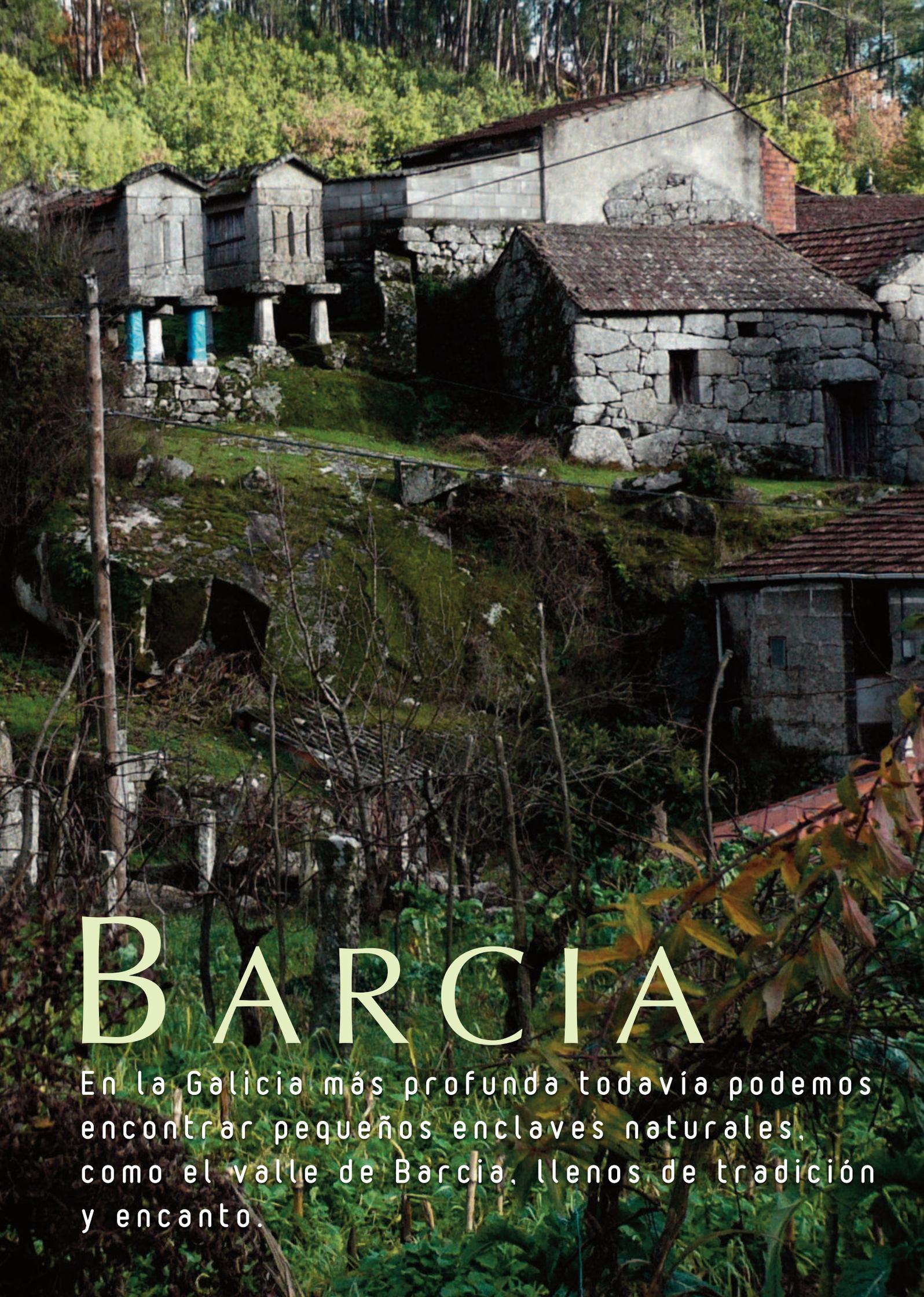
ANDANZAS RURALES

BARCIA

en la Galicia
más profunda

Por Cristina Muñiz





BARCIA

En la Galicia más profunda todavía podemos encontrar pequeños enclaves naturales, como el valle de Barcia, llenos de tradición y encanto.

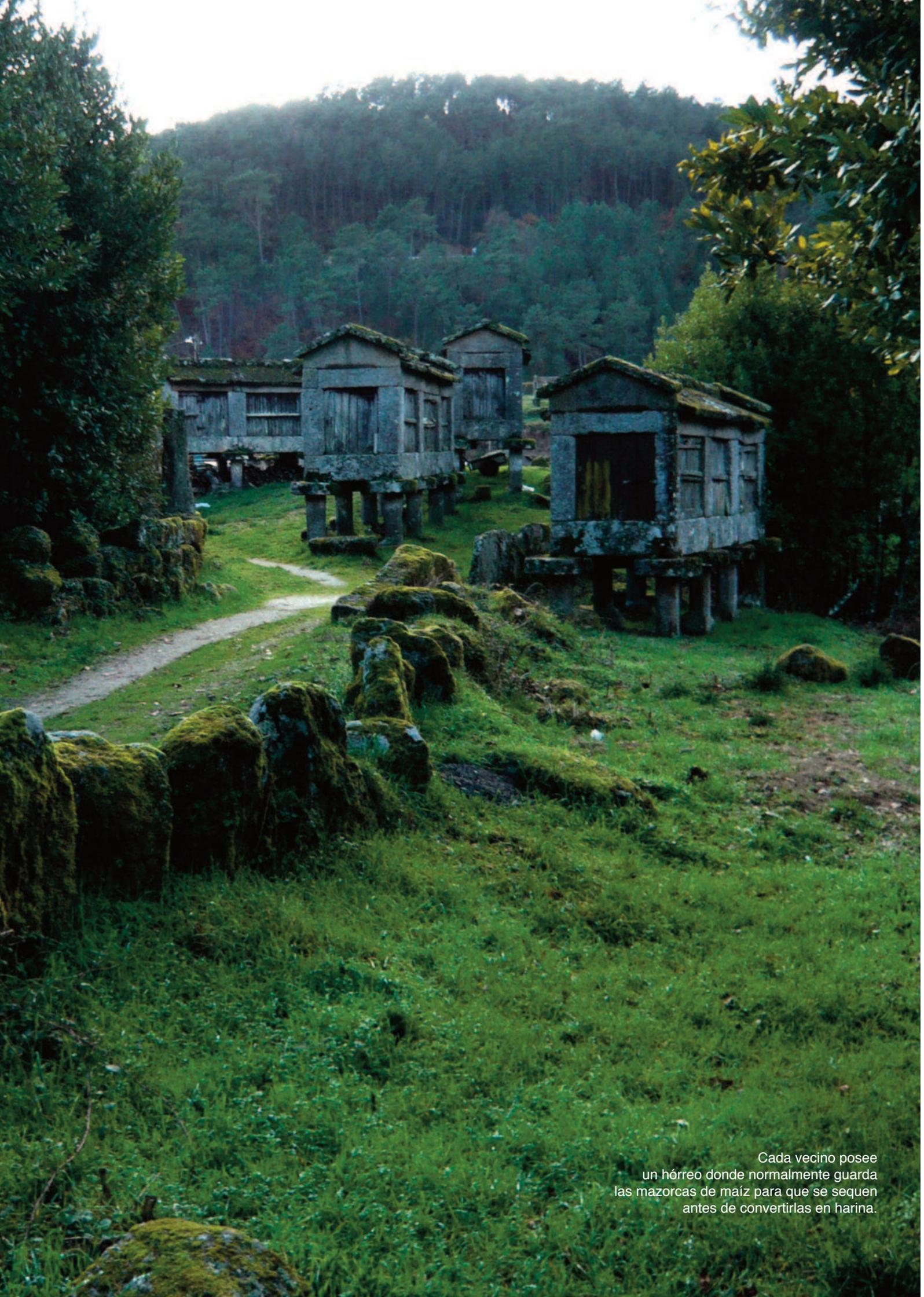




En muchas
ocasiones los paisajes
recónditos de Barcia
nos recuerdan
a la selva virgen.



En Barcia aún se conservan algunas edificaciones antiguas construidas en madera. Todos los días Andrés acude a una cita con el pasado por eso va de casa de su hija, donde vive, a la casa familiar donde nació, para vigilar que todo siga en su sitio.



Cada vecino posee un hórreo donde normalmente guarda las mazorcas de maíz para que se sequen antes de convertirlas en harina.



Calvario de Beade.
Este conjunto de cruceiros del siglo XVIII es el final del Vía Crucis de la iglesia de Santa María.

D
Texto y fotos,
Cristina Muñiz Fernández

e repente el cielo se fue cubriendo de espesas nubes y al terminar de bordear una montaña, una fuerte y copiosa lluvia me acompañó en los últimos cien kilómetros. Así ocurre habitualmente cuando visitas esa zona de Galicia en primavera. Pero no siempre es así, pues durante el verano se alcanzan temperaturas que pueden superar las cotas de

riesgo de incendio. Cuando esto ocurre las consecuencias son en esta tierra más desastrosas que en las grandes extensiones de monte bajo, alcornocales, etc. porque los árboles están tan juntos, tan ensamblados unos con otros que el fuego los trata como a un solo elemento, desapareciendo montañas enteras. Sin embargo esos meses de continúa lluvia contrarrestan los efectos del fuego haciendo nacer y crecer nueva arboleda, que tal vez se convertirá en toneladas de madera. En los bosques donde el fuego no ha hecho su aparición, la acción continua del agua, unida a la espesura que forman los piñeiros (pinos), produce una elevada humedad que caracteriza a la umbría, lugares oscuros, cubiertos de helechos y musgos de muy difícil acceso y que en muchas ocasiones están cubiertos de niebla. Es en estos lugares donde se pierde el ganado, son espacios adonde los lugareños no les gusta ir, para algunos es el hábitat de las meigas, pero sobre todo y de manera real y comprobable es el hábitat del animal salvaje más fiero de Galicia: o porco bravo (el jabalí).

Hacia horas que viajaba con mi Seat León desde Sevilla en dirección a Barcia, una pequeña aldea escondida entre las montañas del oeste de Ourense. El paisaje había ido cambiando a medida que subíamos hacia el norte de la península. La sierra norte de Sevilla con su verdor grisáceo, arena terriza y escaso matorral bajo se fue convirtiendo en un paisaje dorado y seco que se extendía ante mí ahora, y que se me antojaba desolado: los grandes páramos de Castilla. Ya faltaba poco, las grandes masas arbóreas de pinos y carballos (robles típicos de Galicia) se adivinaban en la lejanía. Una hora después circulaba encajonada entre grandes montañas redondas y suaves, cubiertas de pinos entre los que bajaban regatos de aguas cristalinas.

Este animal, junto con el lobo, el zorro, el tejón y la comadreja suponen un referente importante en la vida cotidiana de los gallegos. La relación con ellos es de tipo ancestral

A veces enormes figuras de arcángeles protegen las ánimas de antiguos indios al tiempo que perpetúan el prestigio familiar.



y siempre en base a los límites considerados infranqueables, límites que coinciden con el de los huertos que cada vecino posee y del que depende buena parte de la dieta diaria. En Barcia franquear estos límites tiene consecuencias para aquellos porcos bravos que osan hacerlo.

Furtivos a la fuerza

Hacía dos horas que el reloj de la iglesia de Quines había anunciado la media noche, solo se oían los grillos, pero como hacía mucho tiempo que dormitaba en mi hamaca, ya me había acostumbrado de tal modo a ellos que cuando sonaba el ulular de la lechuza Tito Alba (esa que tiene la cara y el pecho blanco) siempre conseguía sobrecogerme. Parecía que hasta que ella gritaba todo había estado en silencio, a pesar del continuo canto de los grillos.

Por eso pude oír con toda claridad y nitidez el ruido que hacían las cañas de maíz al chocar entre ellas. Pensé que podría ser un paisano que había ido a regar su eira (era), pero la frecuencia de los golpes y la violencia del sonido hacía pensar en cualquier cosa menos en una persona. Luego se paró y volvió el silencio, es decir los grillos sin la lechuza. Entonces lo pude oír clara-

mente. Era un sonido que empezaba como el resoplar de un búfalo y acababa como el de un gran cerdo que estuviese metido en una tinaja, quizás por eso, el sonido conseguía imponerse al de la docena o más de perros que comenzaron a ladrar en la lejanía. Lo seguí oyendo durante unos minutos más, y luego al volver al silencio de la noche en Barcia, me fui quedando dormida.

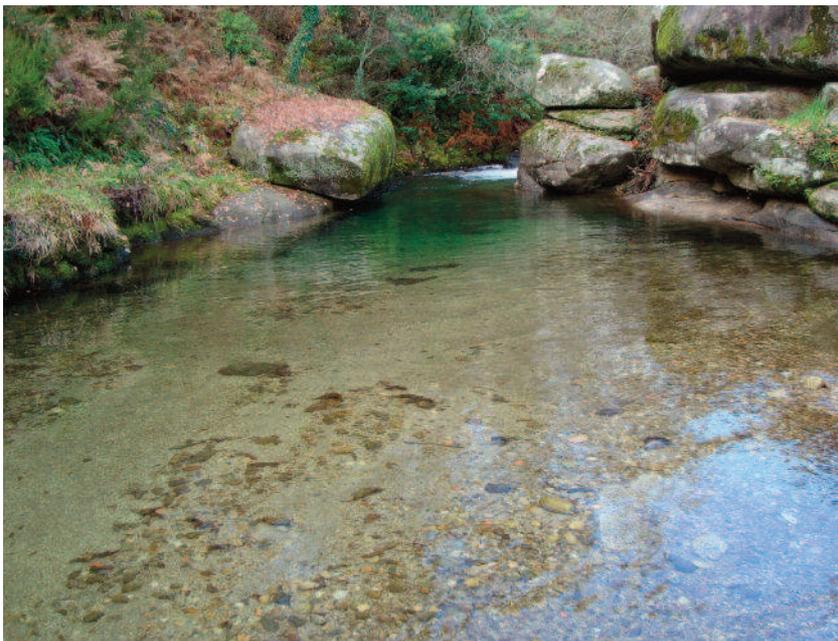
Habría pasado una hora o más cuando sentí un inmenso estallido que me despertó en el acto. Así, pude oír claramente los otros dos que se produjeron segundos después del primero. Eran sonidos fuertes, desgarradores, no me recordaban el de los cohetes de ferias, ni el de las pistolas de cine, ni el habitual sonido de los frecuentes cazadores de conejos. El sonido de esos disparos era una mezcla de algo que explota, seguido de mu-

chas cosas que se quebraban momentos después. Luego, de forma inexplicable volvió el silencio.

Traté de escudriñar el horizonte, que en la noche estaba marcado por una hilera de farolas de tenues luces que emergían de entre los pinos, pero nada. Aunque el sonido había venido claramente de allí, en los alrededores no se movía un alma. Diez minutos después apareció un todoterreno de la Guardia Civil, paró en la primera curva que domina el valle, apagaron el motor, se bajaron y trataron de hacer lo que yo venía haciendo hacía un rato, oír en el silencio.

Y oyeron lo que yo: los perros, los grillos e incluso Tito Alba que cantó un par de veces. Se montaron en el todoterreno, recorrieron el camino hasta el valle y curiosamente, se pararon en el lugar de donde anteriormente yo había oído los disparos. Se bajaron nuevamente pero no buscaron por ninguna parte, solamente escuchaban y lo que oían era eso, el sonido de Barcia en una noche de primavera.

Luego se marcharon definitivamente, o no, con la Guardia Civil, nunca se sabe. Eso debieron pensar las personas que poco después aparecieron en una furgoneta. Se bajaron precipitadamente pero en silencio, llevaban linternas y se adentraron por el maizal. Solo pude oír tres o cuatro palabras, tan poco pronunciaron más. Era como si cada uno supiera que tenía qué hacer exactamente en cada momento. La operación duró el tiempo de dar marcha atrás a la furgoneta, recorrer los hombres unos diez metros arrastrando un pesado bulto y balancearlo en el aire hasta lanzarlo al interior del automóvil. El retumbar de la chapa al recibir los más de



En Barcia el río Outeiro aún no ha sido maltratado, por eso ofrece a todos, sus transparentes y frías aguas.

doscientos kilos de porco bravo, seguido del sonido de las puertas del coche cerrándose, fue todo lo que se oyó.

Cuando el sonido del coche que se alejaba desapareció, se oyó lo de siempre, los grillos y Tito Alba. Y esa noche los perros ladraron al unísono varias veces más, tal vez a otros porcos bravos que se acercaron al valle.

La mañana se había presentado espléndida. Eran las ocho, pero la abuela Pilar hacía una hora que se había levantado, había desayunado migas de pan con "viño do ribeiro" y un trozo de queso. Luego se había sentado en un banco de granito ante la puerta de su casa a esperar que el sol apareciera por encima de los piñeiros.

"Buenos días abuela, ¿Qué tal durmió?". "Jesús, Jesús" respondió casi al instante, "esta noche vino el porco bravo. ¿no sabes? Primero anduvo por donde el maíz, después se fue hacia lo del señor Juan y ahí anduvo comiéndole todo, no le dejó nada al pobrecillo porque se lo ollara todo. Pero después se ve que lo mataron. Dicen que anduvieron los de la Guardia Civil, pero nada, no se enteraron de nada".

Lugar de encuentro

No podía comprender cómo la abuela Pilar sabía todo eso, ya que ayer por la noche no la había escuchado despierta mientras acontecía todo. De repente me acordé de las múltiples de veces que la había visto pasear hasta la casa de los vecinos, detenerse a charlar un rato con ellos, observar hasta donde le alcanzara la vista y volver con noticias auténticamente "locales". O al contrario, escuchar a los vecinos charlando con la abuela a la puerta de casa, mientras hacían un descanso en su camino o quehacer diario. En este sentido la casa de la abuela Pilar era un lugar estratégico en esta pequeña aldea. Situada en un cruce de caminos y convertida en la tienda del valle, era lugar de encuentro y reunión de los paisanos del lugar, donde la información iba, venía y



En los principales cruces de camino, el viajero puede descansar y refrescarse en fuentes de agua potable traída de los manantiales que nacen en las montañas aledañas.



El río Outeiro a su paso por el valle de Barcia. Estas aguas que nacieron en A Serra da Cova da Serpe, van buscando en su descenso a las del río Miño, a 10 km.

se extendía por toda la zona. Cabía suponer que, como todas las mañanas, la abuela Pilar hubiera paseado carretera arriba hasta la casa de Maruja, hubiera hablado con ella y de camino con Pepa, la otra vecina. Hubiera comprobado cómo estaban los nogales y castaños que había plantado en ese lugar. A la vuelta hubiera observado el valle que se extiende hacia abajo y cualquier movimiento que en él se produjera. E incluso el panadero, que había avisado hacía diez minutos con el claxon de su furgoneta que ya estaba en la puerta, puede que también hubiera proporcionado información a Pilar sobre la presencia del porco bravo la noche anterior.

O porco bravo

Le pregunté si sabía quienes podrían ser los autores de los disparos, a lo que contestó: "os rapaces que viven onda o cruceiro". Esa misma mañana, saludé y hablé con cinco vecinos más. En todos los casos la respuesta fue la misma: "o porco bravo anduvo por aquí anoche, hizo destrozos", y enumeraban más o menos los destrozos, con tendencias, eso sí a exagerar.

Ahora las señales de la presencia del porco bravo empezaban a ser pasado y aunque me daban cien mil pistas para reconocer a los autores, jamás pronunciaron los nombres. Cuando les planteaba la situación de ilegalidad que los convertía en furtivos, reaccionaban con una mezcla de incredulidad y risa, tratando de dejar claro en todo momento que no había otra alternativa que la de matar o porco bravo cuando éste invade las cosechas.

Hay que tener en cuenta que en Barcia se da un modo de producción representativo de la cultura gallega. Es decir, el minifundio llevado al extremo. Cada vecino posee un número indeterminado de pequeños espacios desperdigados por el valle donde planta legumbres y verduras, que nunca o casi nunca llegan al mercado,

puesto que forma parte del consumo diario de quien las produce. Además para obtener esa cosecha dedica gran parte del día a su cuidado y riego. Por otra parte el maíz y los cereales alimentan las vacas (de una a tres), de las que se extrae, queso y leche, y antiguamente tracción animal.

El caso es que cuando o porco bravo visita el valle el resultado es un desastre y grandes pérdidas para los paisanos, no por el valor monetario que adquiriría en el mercado, sino por la disfunción que esto produce en la estructura de su modo de vida.

Durante el tiempo que pasé en el valle, oí al porco bravo en numerosas ocasiones, algunos decían que se debía a los múltiples incendios de la zona, pero en cualquier caso el encuentro de porcos bravos con los paisanos siempre ha sido violento en la historia de estos montes. A veces los ronquidos y ruidos de matorrales eran seguidos por disparos, pero no era siempre así, porque otras veces se les oía destrozar las cañas, chapotear entre las patatas, o tronchar cepas hasta poco antes del amanecer. Tal vez esa noche los muchachos fueran al pueblo vecino o anduvieran de fiesta. Pero eso sí, al día siguiente de un ataque de esos, o porco bravo era normalmente porco muerto o desaparecido. Pero cabría pensar que, si según los encuestados ha venido siendo así desde siempre y además existe una especie de acuerdo tácito que se manifiesta en el silencio como forma de estrategia social, ¿por qué aparece la Guardia Civil casi siempre que estos furtivos de ocasión matan al porco bravo?

La respuesta la encontré una mañana en boca de un grupo de abuelas sentadas ante un crucero: "ahora, veñen a Barcia os extranxeiros e querenno todo, e claro, eles non teñen que ir a eira a recoller as patatas, e vela ahí vai: como non teñen nada que plantar, que o van comprar a vila, cando ven o porco bravo o valle a ellos lles fai gracia e non gustan que lle disparen. Y alguno de eles son cazadores, ¿no sabes? De los que cazan de día e



La importancia de los límites en la propiedad unida al modo de producción de subsistencia hace que tener gallinas sueltas pueda convertirse en tema de importantes discusiones con el vecino, por esa razón se tienen encerradas.

no monte, pagando o coto. E por eso chaman a Guardia Civil".

Estrategia de silencio

La práctica totalidad de los vecinos encuestados reconocieron saber quiénes eran, creían necesario hacerlo y sabían que lo hacían sin permiso de la autoridad, pero jamás pronunciaron sus nombres. Naturalmente que de esta relación con el porco bravo también participan los veterinarios de la zona puesto que no se consume ninguna parte de estos animales si antes no se analizan sus vísceras. Los jóvenes del pueblo llevan a cabo una actividad realmente osada, a cambio la comunidad realiza una auténtica estrategia de silencio. Otra característica definitoria de la cultura gallega.

¿Pero porque ocurre todo esto? Haciendo un análisis retrospectivo de

la zona sabemos que Barcia significa lugar yermo o baldío, es decir zonas no productivas, aledañas a otras más fértiles. Estos territorios pertenecientes en su día a los monjes cistercienses del Monasterio de Sta. María de Melón, circunscripción electoral a la que pertenece en la actualidad Barcia, fueron ocupados tras los diferentes períodos de desamortizaciones por colonos procedentes de dentro y fuera de Galicia. Cuando los nuevos colonos se asentaron en estas zonas encontraron un ecosistema agreste y salvaje que supieron doblegar con trabajo continuo y adaptación al medio, prueba de ello es el cultivo de la vid en sucalkos (terrazas) sustraídos al monte. Este tipo de producción y lo accidentado del terreno supone la dedicación de una buena parte del tiempo de un paisano al manteni-



Las antiguas casas de Barcia son hoy empleadas para guardar utensilios.

miento de los cultivos. Además la especial configuración de las propiedades impide casi por completo la instalación de vallas protectoras, por lo que el trabajo que durante varias semanas llevaba a cabo el agricultor podía ser arrasado por o porco bravo. Esto extrapolado a un mundo de subsistencia, convertía la lucha con o porco en una actividad esencial en la vida cotidiana. Aunque hoy día, naturalmente, el valle no depende de la producción de los huertos familiares, éstos siguen existiendo. Sus propietarios continúan utilizando sus productos, o porco continúa destrozando los huertos y la gente del valle se defiende de la misma forma que lo hizo siempre, matando al animal y elaborando una estrategia colectiva de silencio.

Trabajos comunales

Actuar de manera colectiva es habitual en casi todas las parroquias de la región gallega, necesidad que impone la orografía, clima y modo de producción de esta zona. Así encontramos trabajos comunales de todo tipo: la vendimia, la matanza del cerdo, la traída de aguas, etc.,. Se trata de un conjunto de prácticas

que se llevan a cabo en colectividad porque la propiedad de la tierra sobre la que se lleva a cabo es de todos, o bien porque, aun siendo de un solo paisano, éste necesita ayuda para la recolección y el transporte. Ayuda que será devuelta cuando otro paisano lo necesite.

Los trabajos comunales se configuran como un conjunto de prácticas, obligaciones y derechos que por iniciativa de los vecinos sirven para mejorar la ganancia de la comunidad respectiva, a la vez que establecen y refuerzan los vínculos entre ellos. Este tipo de actividad evita tener que contratar empresas de servicios que le abastezcan del agua y que mantengan los conductos, funciones que en otros pueblos más grandes llevan a cabo los ayuntamientos. Es esta una prueba más del grado de autogestión comunitario que tiene lugar entre los vecinos de Barcia. Los parroquianos viven su propia vida, defienden sus intereses y dan a su actividad un cooperativismo fruto de la costumbre, que lleva a los vecinos a sentir como propias las necesidades ajenas. Ellos trabajan juntos en los trabajos del campo, se ayudan en la desgracia, en la enfermedad y la muerte.

Comparten sus muebles, sus enseres y sus casas.

Tuve la oportunidad de asistir a la limpieza de una fervenza (manantial de agua), antiquísimo trabajo comunitario. Los vecinos de Barcia que se abastecen de esta fervenza se reúnen para limpiarla o reparar, cuando es preciso, los canales que llevan el agua hasta sus casas. El grupo se abrió paso entre el monte, muy por encima de sus casas, siguiendo senderos ocultos por enormes masas de helechos. Continuamente nos encontramos con toxos, un arbusto espinoso muy difícil de cortar. De vez en cuando un muro verde formado por miles de zarzadoras entrelazadas nos impedían el paso, entonces los hombres las cortaban y continuábamos avanzando entre la umbría y los piñeiros. Por fin llegamos a un pequeño claro. Se trataba de una pequeña ladera muy inclinada. La extensión estaba totalmente cubierta por helechos, lo que nos impedía ver el suelo. Para adentrarnos en ella tuvimos que arrancarlos todos, solo así apareció el pequeño aljibe y sus múltiples recovecos, huecos peligrosos formados por antiguos troncos caídos en los que fácilmente podía

resbalar cualquiera de nosotros. El grupo dedicó dos horas a la preparación de todo el contorno. Luego abrieron el conducto que se encontraba en el fondo del aljibe. Varias toneladas de agua se precipitaron montaña abajo. Los hombres abrieron la puerta del aljibe y lo limpiaron por dentro, lo hacían con ramos de helechos y cepillos. Más arriba otros vecinos del grupo rebuscaban entre las hierbas una gran losa que anunciaba la auténtica fuente-manantial. Encontraron tres. Pregunté quién las había puesto pero nadie pudo recordar otra cosa que “siempre estuvieron ahí”. Levantaron las losas, limpiaron de algas el lugar que comunicaba directamente con el interior de la tierra, de donde emanaba el agua y volvieron a colocar las losas cuidadosamente. El agua de estas tres fuentes siguió fluyendo hacia el aljibe. Sólo quedaba terminar de limpiarlo y el agua que entraba continuamente arrastraba fuera la suciedad acumulada durante el año anterior, cada vez salía más limpia. Cuando comprobaron que el estado del agua que entraba era igual a la que salía volvieron a taponar el orificio inferior del aljibe. Ahora el agua que entraba en él se iba acumulando hasta llegar al rebozadero. Una vez comprobado que todo iba bien emprendieron la vuelta a casa.

La mejora

Durante el camino intercambiaron información referente al estado de sus familias respectivas y de intenciones y expectativas futuras. Ya de vuelta en la aldea aún estuvieron varias horas comentando el estado actual de las cosas en Barcia. Ello implica comentar las actitudes de los nuevos herederos que indefectiblemente provocan las defunciones. Fue así como me enteré de la peculiar forma de repartir la herencia que existió de forma general en Galicia y que aún permanece en algunos recónditos lugares de montaña. Se trata de la mellora (mejora) y consiste en dar en vida a uno de sus hijos, normalmente una hija, una parte de la herencia, además de la

Los vecinos practican un cooperativismo, fruto de la costumbre, que les lleva a sentir como propias las necesidades ajenas.

que le por ley le corresponda. A cambio esta persona mejorada permanecerá en la casa aún cuando se case y cuidará de los viejos hasta su muerte. La razón fundamental de este tipo de herencia la podemos encontrar en su modo de producción minifundista. De no hacerse así la tierra se dividiría en trozos tan pequeños que sería inservible para el sostén de una familia desde el punto de vista de la rentabilidad. Este modo de herencia provoca consecuencias de tipo social que afecta a las relaciones de los miembros de una familia.

La mellora no tiene carácter vitalicio. Los viejos pueden retirarla a quien se la otorgaron y darla a otro de los hijos o hijas. Ello sucederá si la persona mellorada (mejorada) no saca a delante la casa y su capital, y no cuida debidamente a sus padres.

Por lo que cualquier acontecimiento negativo para la economía y bienestar familiar viene a recaer indefectiblemente en la persona mellorada. La responsabilidad de la mellorada es tan grande que una oveja extraviada o una vaca enferma es siempre por culpa de ella. Todo esto es un caldo de cultivo para la aparición de un elemento negativo característico en la cultura gallega de montaña, la envidia. En muchos casos los otros miembros de la familia que no han sido mellorados estarán observando el comportamiento diario de la persona mellorada y a la menor ocasión tratarán de hacer ver a los viejos de que no son bien cuidados, ni ellos ni sus bienes, y en algunos casos llegan a conseguir que estos cambien la mellora. Por todo esto muchos de los gallegos originarios de minifundio han sentido



Los jamones se cuelgan en la lareira después de haber pasado el tiempo de sazón, para que se acaben de curar. Pilar los irá cortando según le hagan falta.



Uno de los muchos molinos que perduran a lo largo del río Outeiro.

la necesidad de emigrar a cualquier parte del mundo y por las mismas razones se explica el deseo invariable de los emigrantes gallegos por volver a su tierra ricos y triunfantes, para adquirir mediante la compra antiguos terrenos que siempre deseo tener.

Rituales de curanderismo doméstico

Si hay una persona más influenciada por el mundo de las ánimas, ésta si no lo era acaba siendo la mellorada. Pude observar durante el tiempo que estuve allí como diariamente Pura Durán, una mujer de 48 años se levantaba al alba después del canto del gallo y comenzaba una jornada que parecía no acabar nunca.

Nada más levantarse se dirigía al establo y ordeñaba la vaca, con la leche que recogía preparaba los desayunos de la familia, guardaba una parte para consumo propio después de hervirla y otra la apartaba para la lechera a quien se la vendía, la cual pasaba a recogerla unos minutos después. Luego se daba una vuelta por los gallineros y recogía los huevos que hubiera. No obstante casi siempre que las gallinas ponían Pura reconocía el hecho porque oía el clásico sonido que emiten inmediatamente después de poner el huevo. Pero la limpieza y alimentación diaria de los animales era imprescindible, por lo que de allí se iba a los establos, con los cerdos y las vacas. Estas últimas a lo mejor

salían a comer al prado si Pura tenía tiempo, si no, cuando fuera a la eira, segaría hierba fresca para que comieran. Además de la comida de los animales Pura tenía que preocuparse de la de la familia e iba al huerto a recoger las judías, guisantes, pimientos, zanahorias, patatas, tomates, cebollas, ajos, etc. que estaban ya lo suficientemente maduros para recolectar. Volvía a casa con las cosas del huerto y hacía la comida para todos. Tras descansar un rato de sus tareas marchaba a la viña a podar, atar o sulfatar, si tocaba, según la época del año, o a la eira a arar, sembrar, regar o recoger el maíz o las patatas si tocaba. Antes de que oscureciera Pura volvía a casa, preparaba la cena y por último volvía al establo a ordeñar a la vaca. Por si esto es poco estrés en la vida de una aldeana, además tendrá que cuidar de sus padres, de la casa, de la relación con las autoridades locales, etc.

Todo ello, socavado por las críticas envidiosas de algunos familiares y

vecinos, hacen que se produzcan estados depresivos o neuróticos obsesivos y otras patologías psicológicas semejantes. Erupciones cutáneas, sarpullidos, y demás dolencias que aparecen en la piel, incluso muchas otras suelen ser atribuidas en algunas ocasiones a elementos mágicos y en este sentido existen aún muchos rituales domésticos que intentan acabar con ellos. Uno de estos rituales lo conocí cuando acompañé a Lucía a casa de la señora Benigna.

Lucía llevaba dos días con molestias a causa de una culebrina y su madre le había recomendado que fuera a verla. Lucía era algo escéptica con las creencias ancestrales gallegas, ya que sus años de estudio en Vigo habían ampliado su perspectiva, pero pensaba que no pasaría nada con probar los remedios de una curandera. La casa de la señora estaba en la otra punta del pueblo, pegada a la ladera de la montaña que veíamos enfrente. Atravesamos por las eiras, siguiendo el cauce del río Outeiriño que corta al valle en dos.

A pesar de ser solamente un riachuelo que desemboca en el río Miño, 5 km. más abajo, el río Outeiriño tiene siempre bastante caudal porque nace en el pico Cova da Serpe, a 842 m de altitud y tiene la capacidad de acumular nieve. Luego discurre por terrenos accidentados que forman continuas cascadas y formaciones típicas de esta zona denominadas pozas (depresiones en el lecho del río que forman pequeñas piscinas naturales). Continúa bajando entre montañas que se van ondulando y suavizando a medida que se acercan al Miño.

Los remedios caseros para las dolencias siguen siendo habituales debido, en gran parte, al aislamiento de las poblaciones.

La alta pluometría de esta zona y las nevadas en la parte alta de la sierra donde nace, mantienen a este río lleno de agua cristalina y de truchas todo el año. En invierno el caudal aumenta tanto que es normal ver las eiras más próximas al río anegadas durante días, lo que les proporciona abundantes nutrientes a la tierra.

A mitad del cauce del río un pequeño puente nos permitía cruzar a la otra parte de las eiras. Seguimos los caminitos que las separan hasta llegar a la carretera del pueblo y alcanzar la zona denominada A Ibia. Allí todavía se conservan las casas típicas de Barcia, pequeñas construcciones de grandes piedras sin labrar, colocadas unas encima de otras como si de un puzzle se tratara, piedras onduladas que se encuentran desparramadas por los montes que rodean al valle. Algunas veces estas piedras aparecen formando grupos de formas aleatorias que la naturaleza y el azar han colocado allí, y que los paisanos atribuyen a la magia y que denominan penedos. Las viejas casas del pueblo de estructura auténticamente celta se utilizan actualmente como lugares para guardar leña, paja o aperos de labranza, pero todavía existen vecinos que viven en ellas como antaño. Benigna vivía en una de estas casas.

La penumbra y la austeridad dominaban en el interior, nos invitó a pasar y cruzamos un estrecho pasillo hasta la cocina que se encontraba al fondo, la oscuridad era cada vez mayor ya que las pocas ventanas que había permanecían cerradas y con cortinas. La cocina era pequeña y tenía lo imprescindible: nevera, cocina de gas para cocinar y dos estanterías de madera, raídas por el tiempo. Benigna vestía como tantas mujeres mayores del campo gallego: una bata negra, un delantal negro, un pañuelo negro, medias y botas bajas negras. A pesar de lo tétrico del ambiente, Benigna se mostraba simpática y cuando Lucía le explicó lo que le pasaba, sonreía de una manera picarona e infantil. Cogió un cuchillo de hierro, “ten que ser de ferro, senón non vale”, me dijo. Y empezó a recitar entre dien-

tes unas frases que no conseguía describir, al mismo tiempo que dibujaba cruces y otros signos sobre el vientre de Lucía y a lo largo de todo el tamaño de la culebrina. Cuando acabó le dijo a Lucía que volviera dentro de dos días para ver cómo iba, pero le advirtió que no dejara de tomar la medicina que le había dado el médico.

Los remedios caseros para todo tipo de dolencias son habituales en las aldeas de montaña, debido en gran parte al aislamiento de las poblaciones y al fuerte vínculo con la naturaleza que les rodea. Así las nu-

les y gestuales muy violentas. Fuertes temblores, vómitos y ataques histéricos, junto con frases exacerbadas e injuriosas hacen creer a muchas personas del colectivo aldeano que la persona está posesa. Frente a esta situación, la cultura gallega montañesa a la que pertenece Barcia, responde con rituales más grandes y organizados, en los que participan sacerdotes exorcistas. Allí acuden los supuestos endemoniados que no son otra cosa que personas, mujeres en su mayoría, que llegaron a los límites de su resistencia frente a una situación tan dura.



Iglesia de Santa María de Beade, considerada el edificio religioso más importante del Ribeiro, perteneció a la Orden de San Juan de Jerusalén.

merosas plantas medicinales que se encuentran por la zona sirven para elaborar el famoso augardente de herbas, que es recetado por los mayores para facilitar la digestión de comidas copiosas o para aliviar los dolores menstruales de las mujeres. De ahí a la elaboración de todo tipo de bebidas y pócimas para curar la vista, heridas, picaduras, molestias intestinales, etc. Además todavía quedan algunos curanderos como Benigna, a los que acuden muchos vecinos.

Curanderismo mágico-ritual

Sin embargo en el caso de las personas con fuerte depresión, causada por el estrés que le produce su situación en la manda hereditaria (la mellorada), sus dolencias se presentan en forma de manifestaciones verba-

En estos lugares, las supersticiones son patentes y las supuestas endemoniadas acompañadas por varios de sus familiares se someten al estricto ritual exorcista de la iglesia católica, que dura entre uno y nueve días, durante los cuales se producen escenas escalofriantes que dejarían en ridículo las presentadas en el cine. En muchas ocasiones estos exorcismos tienen lugar al mismo tiempo que la romería de la virgen o el santo del que se trate, y entonces se mezcla la creencia, el folklore y el ocio sin que por ello disminuya la fuerza de estos rituales.

El hecho de haber preparado en el seno familiar esta visita a los santos ha supuesto dedicar entre quince y treinta días a organizar el viaje (suelen ser lugares alejados de la aldea), el hospedaje, ropa nueva que nor-



A lo largo del tiempo los habitantes de Barcia han esculpido el monte con terrazas sembradas de viñas. Ahí nace el vino Ribeiro.

malmente se compra en la ciudad, etc. Y todo ello ha implicado una serie de acciones nada habituales en la vida cotidiana de la enferma. Nada más que por ese hecho la persona que antes estaba deprimida por la rutina y la aplastante responsabilidad se ve libre durante casi un mes de tan invisibles cadenas. El resultado es una persona distinta, animada, que sonríe, etc. Y los vecinos traducen dicho estado por una curación basada en la salida de o demo (el demonio) de su cuerpo. Hecho naturalmente atribuido al ritual al que acudieron. Es así como se cierra el círculo, y como en esta parte de Galicia, aunque solo sea en algunos casos, se responde con esta arma cultural a un problema planteado por el medio que rodea a estas personas. El medio natural en el que viven los habitantes de Barcia, es especta-

cular por su belleza, sus vívidos colores, sus intensos aromas y sonidos, su tranquilidad y su cercanía a los seres vivos que habitan en los montes. Pero al mismo tiempo es un lugar umbrío, frío, húmedo, lleno de nieblas, vientos, luces y sombras, igual de espectaculares. La respuesta a los problemas que le plantea este medio se entremezclan con la espiritualidad y el raciocinio. Pensando en las múltiples leyendas que existen en Galicia en torno a animales como el lobo, la culebra, el sapo, etc., quise saber si o porco bravo también era considerado como parte de una leyenda más, pero los vecinos con los que hablé me dejaron claro que era algo puramente material. El ataque del porco bravo se consideraba un ataque a la propiedad, como si cualquier ladrón entrara a robar en casa de alguien.

El cambio social acontecido en Barcia desde que llegaron sus primeros colonos hasta hoy tuvo que ver siempre con su grado de aislamiento. De tal forma que el primero de estos cambios tuvo lugar cuando fue construida la primera carretera.

Carretera y cambio social

Hasta entonces los caminos eran de tierra y frecuentemente embarrados por el paso de los carros y las caballerías, que transportaban los productos hacia la costa y viceversa. Con la llegada del asfalto un extremo de Barcia, situado en una confluencia de caminos, se convirtió en parada casi obligatoria de todo el que bajaba o subía por estas montañas. Ese fue tal vez el momento más esplendoroso de la aldea porque de alguna manera formaba parte del entramado comercial con la costa, con Portugal



y con las líneas marítimas que salían a muchas partes del mundo. Pero hace algo más de una década la modernización de las vías de comunicación gallegas, incluyó una autovía que en el tramo de esta parte de la montaña ourensana atraviesa los pueblos, extendiéndola a gran altura sobre enormes pilares que se levantan

hacia el cielo. Por lo tanto el tráfico y con él la comunicación que mantenía Barcia con el resto de Galicia, ha sido mermado hasta tal punto que está más cerca de sus orígenes que en las últimas tres o cuatro décadas pasadas, ya que solo las personas que se dirigen a la aldea pasan por allí. Esto le devuelve cierto encanto de autentici-

dad y de calidad de vida, producto a su vez de una elevado nivel positivo de calidad medioambiental.

En este lugar recóndito de Galicia, desconocido para la gran mayoría, se puede sentir la naturaleza en su máximo esplendor. Uno se puede encontrar de frente con un porco bravo o una raposa (zorra), puede sentir a pocos palmos de la cabeza un águila con su cría planeando al acecho de alguna gallina despistada, bañarse en aguas cristalinas, sentir el aroma de un monte verde y bravío, etc. Sus gentes tranquilas y hospitalarias, vinculadas espiritualmente a un entorno lleno de vida, transmiten al viajero el profundo respeto a la naturaleza, a la que se deben, y el placer de vivir en armonía con el entorno. Un entorno que desconoce las alambradas y donde los caminos son de todos.

Las gentes de Barcia
tranquilas y hospitalarias
transmiten al viajero
su profundo respeto hacia
la naturaleza.